

## Mayo del 68: ¿se acabó el espectáculo?

José Ramón Catalán\*

Hace ya años el eminente lingüista Fernando Lázaro Carreter denunciaba en un artículo del diario *El País* el abuso que muchos hablantes cometían con el adjetivo “histórico”. Cualquier suceso que se saliese de lo habitual era tildado inmediatamente de “histórico”: una goleada, el viaje de un político, etc. Y, para subsanar esto, el catedrático aragonés proponía el uso del adjetivo —no tan rimbombante, pero más preciso— “memorable”, cuyo significado, como todo el mundo sabe, es “ser digno de memoria”.

Yo, particularmente, siempre he creído que Mayo del 68 fue más un evento memorable que histórico. Histórica sería la Revolución francesa de 1789, acontecimiento que causó profundos cambios no únicamente en esa sociedad, sino en el mundo, y cuyos efectos aún percibimos. ¿Se puede hablar en estos términos de Mayo del 68? Creo que no; de ahí que prefiera calificarlo de evento memorable. Pero es evidente que no todos comparten esta visión.

Una semana antes de ser elegido Presidente de la República francesa, y en un encuentro multitudinario con sus correligionarios, Nicolas Sarkozy sorprendió a propios y extraños —a tirios y troyanos, que decimos en España— con un discurso en el que prometía introducir la moral en la vida pública, y para ello era preciso acabar con la herencia de Mayo del 68. La fuente es el diario *El País*, del 2 de mayo de 2007:

Sí, la moral, una palabra que no me da miedo. La moral, algo de lo que después de mayo del 68 no se podía hablar [...] Los herederos de mayo del 68 habían impuesto la idea de que

\* Catedrático del Departamento de Filosofía, UCA. Correo electrónico: jrcatalan2002@yahoo.com.

todo vale, que no hay ninguna diferencia entre el bien y el mal, entre lo cierto y lo falso, entre lo bello y lo feo. Habían intentado hacer creer que el alumno vale tanto como el maestro [...], que la víctima cuenta menos que el delincuente [...], que no podía existir ninguna jerarquía de valores [...], que se había acabado la autoridad, la cortesía, el respeto; que no había nada grande, nada sagrado, nada admirable; ninguna regla, ninguna norma, que nada estaba prohibido.

¿Tan funestos y duraderos fueron los efectos de Mayo del 68? Y es que Sarkozy si no miente, por lo menos exagera, y además exagera muchísimo. Y esta no es la impresión personal de quien esto escribe, sino que días después, el propio Sarkozy le reconocía a la escritora y actriz Yasmina Reza que había sido un discurso de “mala fe”, así, tal cual. ¿Por qué?

Según Serge Audier, autor de un libro sobre las distintas facetas del pensamiento “anti-señorito”, el actual Presidente “necesitaba decir que los problemas de Francia no eran debidos a un error de pilotaje político, sino del sistema en su conjunto. Y ahí es donde entra mayo del 68 y sirve de chivo expiatorio”.

Es evidente que en un movimiento tan espontáneo como dispar, como fue éste, puedan colarse este tipo de elementos, pero Mayo del 68 fue esto y mucho más, como bien apunta el periodista español Felipe Sahagún, especialista en política internacional:

En la crisis, huelga, protesta, contestación, efervescencia, revuelta o revolución conocida vulgarmente como el “Mayo francés” coincidieron actores tan dispares como los universitarios desencantados por un horizonte sin futuro laboral, los trabajadores descontentos por su marginación del mundo económico de los 60, millones de jóvenes movilizados contra la Guerra de Vietnam y pueblos de los cinco continentes deseosos de libertad. El polvorín social y económico en el que prende la mecha es la sociedad opulenta de Galbraith y su hija pródiga, la cultura *hippie*.

Repárese simplemente en el grupo de estudiantes desencantados por un horizonte sin futuro laboral: ¿ese era el desencanto? Para un grupo sí, pero no para otros que veían la universidad como una institución que más que

ser un polo crítico de la sociedad, se limitaba a adormecer las conciencias. Todas las manifestaciones, huelgas y demás demostraciones en la España de Franco apuntaban al mismo blanco. Y no solo en España o en Europa. En una entrevista, en noviembre de 2003, la profesora brasileña Marilena Chauí, creadora con Lula da Silva del Partido de los Trabajadores, hacía las siguientes declaraciones que resumen con precisión el malestar de aquella época y que por desgracia se repite hoy:

En toda América Latina, la universidad está en camino hacia su destrucción como institución social y hacia su transformación en una organización cuyo único vínculo es el mercado. Con variantes, éste es un fenómeno global.

Y añade

Hoy se quiere transformar a la universidad latinoamericana en una copia menor del modelo norteamericano, destruyendo un pensamiento independiente, dando una formación mínima y privatizando la universidad.

Preguntada sobre cómo se llegó a esta situación, la ex Secretaria de Cultura de São Paulo declara que, tras asumir la universidad pública una postura muy crítica en la década de los sesenta, la represión dictatorial no se hizo esperar. Con el tiempo, y para acallar a las clases medias, la universidad se iría funcionalizando hasta convertirse en una fábrica expendedora de títulos para el mercado. Parece, pues, que detrás de aquellas protestas había algo más que un simple “todo vale”, como pretende Sarkozy. ¿Por qué el estallido?

Las sociedades occidentales ignoraban el polvorín que se ocultaba en el subsuelo y que sólo necesitaba un detonante para que estallara. Existía un polvorín político: una guerra ilegal e injusta en Vietnam, cuya crudeza se incrementó en enero de ese mismo año: el año del Tet, la toma de la embajada norteamericana en Saigón, la consiguiente represión, etc., eventos que todos pudimos ver en pavorosas imágenes (recuérdese el tiro en la sien a aquel vietnamita recién capturado); un mundo fragmentado en dos bloques y al borde del suicidio nuclear (recuérdese también la crisis de los misiles en Cuba años atrás, pero siempre pre-

sente); una Revolución cubana contra la que se había estrellado Estados Unidos; el asesinato del “Che” en Bolivia el año anterior, llevado a cabo por orden de la CIA y ejecutado por el ejército del general Barrientos; la guerra por la independencia en Argelia; etc. Y había otro polvorín ideológico, una verdadera amalgama de corrientes surgidas de los eventos anteriores: antiimperialistas, anticapitalistas, trotskistas, maoístas, castristas, anarquistas, neomarxistas, etc. Hasta aquí, el polvorín. Vayamos ahora con el detonante.

En 1967 se aprobaron en Francia una serie de reformas educativas que no gustaron a nadie. Al año siguiente, un grupo de estudiantes de la Universidad de Nanterre, situada en las afueras de París, dirigido por Daniel Cohn-Bendit (“Dani, el Rojo”), se constituye como el Movimiento 22 de marzo, presenta un paquete de medidas alternativas y radicales, y llama a la movilización. Tras el cierre de la Universidad y el arresto de algunos de sus miembros el 3 de mayo, se trasladan a la Sorbona, piden ayuda a todos los sindicatos estudiantiles y obreros, y comienzan los disturbios en el Barrio Latino. Luego de la convocatoria de dos huelgas generales de desigual incidencia —la del 17 sí paralizaría el país con más de nueve millones de huelguistas—, el general Charles de Gaulle disuelve las Cortes el 30 de mayo. ¿Cómo concluyó todo esto? Pues como tenía que concluir desde el momento en que tanto los partidos de izquierda como los sindicatos se mantuvieron al margen, si no en contra decididamente, de las pretensiones estudiantiles. Así, el mismo Cohn-Bendit afirmaba en unas declaraciones recientes que nunca esperaron nada de esos colectivos. El 27 de mayo, el general De Gaulle concedió a los sindicatos un aumento salarial del 14%, reducción de la jornada laboral, y garantías de empleo y jubilación. Estas concesiones serían aceptadas si bien al inicio hubo un cierto rechazo por parte de algunas fábricas emblemáticas. Poco a poco los estudiantes se quedan solos, los acuerdos conocidos como los “Acuerdos de Grenelle” comienzan a aplicarse y un gaullismo muy debilitado vence en las elecciones en junio. El Partido Comunista Francés de Georges Marchais nunca acompañó a los estudiantes.

¿Cómo valorar todos estos acontecimientos hoy, cuarenta años después? Veamos lo que dicen algunos de sus protagonistas. Lo primero que puede constatarse es que no hay una única valoración; además, la que hicieron en el 68 diverge de la actual con una perspectiva de cuarenta años. En 1963, Edgar Morin ya intuía en aquellos jóvenes “fermentos de no adhesión a ese mundo adulto que destila aburrimiento burocrático, repetición, mentira y muerte”. El general De Gaulle contestó entonces: “Si se aburren, que les hagan construir carreteras”. Hoy, el mismo Morin reconoce que fue más que una protesta, pero menos que una revolución. Alain Touraine, destacado protagonista de aquel período, piensa que “Mayo del 68 es la invención del siglo XXI, lo hizo explotar todo porque puso vino nuevo en odres viejos. La semilla plantada por Mayo del 68 ‘es hoy un árbol bajo el que nos cobijamos’”. Para Audier, Mayo del 68 deja cosas incomprensibles, pues a la vez que se denunciaba el autoritarismo se creía que el maoísmo era una vuelta a los orígenes del marxismo, “es un caso de ceguera colosal”. Henri Weber, hoy eurodiputado socialista, soñaba con crear un partido capaz de ganarse a una clase obrera con futuro mientras reconoce que todos los militantes del grupo de Cohn-Bendit “cabían en una cabina telefónica”.

No podía quedar fuera la valoración de uno de los pensadores más brillantes de Francia, Maurice Gauchet. Gauchet es muy crítico porque cree que aquella generación era incapaz de optar entre una prosa democrática y una poesía revolucionaria, su emblema era “el aristócrata de la democracia”. Considera, asimismo, que era una generación políticamente dominante (numerosa, próspera) e intelectualmente dominada (falta de identidad y partidarios del oxímoron “la ortodoxia crítica”). Prisca Bachelet, hoy psicoanalista, recuerda “asambleas en las que la gente contaba sus sueños o deseos como algo plausible”, pero también Jacques Le Goff le recuerda que “una catarsis no sustituye a una alternativa política”. En fin, que todo podría bien resumirse en estas palabras de Dani el Rojo: “Nos sentíamos capaces de todo, éramos prometeicos, el mundo nos pertenecía”.

Por lo que se desprende de estas últimas palabras, los protagonistas de aquel mayo se veían como agentes de la revolución, pero ¿eran realmente revolucionarios? Estoy plenamente de acuerdo con la respuesta de Eric Hobsbawm: no. Pero con todo lo dicho, no se entendería el Mayo del 68 sin hacer referencia al aire intelectual que se respiraba en cafés y librerías, establecimientos hoy convertidos en *boutiques* y pizzerías. La literatura sesentayochista ha insistido en que la referencia filosófica de la posmodernidad se inicia con los acontecimientos de Mayo del 68, siendo esto radicalmente falso.

El escenario de Mayo del 68 había sido cuidadosamente preparado por grupos más o menos antiacadémicos de disidentes, algunos malditos y marginales, que nunca se dejaron de interrogar por el poder. De todos ellos, aquí me referiré a uno de los más desconocidos e influyentes: los situacionistas. Celebraron su “Internacional” en 1957, y en 1967 aparecía lo que podría considerarse su manifiesto; lo firmaba Guy Debord y llevaba por título *La sociedad del espectáculo*. La obra era —y es— una especie de *puzzle* que una vez concluido se transformaba en una bomba contra la sociedad de consumo. El centro de la crítica era el poder; su categoría primordial, el espectáculo; su fin, acabar con todas las formas de alienación más o menos encubiertas.

La obra, hay que decirlo, ni fue ni sería con el tiempo un *best seller* para satisfacción de su autor, que en 1992 aseguraba que no quitaría ni siquiera una coma. Sin embargo, se trataba de un ensayo premonitorio e indispensable a la hora de pensar en una teoría crítica de la sociedad de aquel tiempo. Detengámonos brevemente en ella. La situación de partida no podía ser otra que la sociedad de la abundancia, una sociedad en la que el alto nivel de consumo hacía olvidar las penurias pasadas, y así el capitalismo mostraba una cara más amable. Leamos algunos fragmentos:

Este incesante despliegue del poder económico bajo la forma de la mercancía, que ha transformado el trabajo humano en trabajo-mercancía, en trabajo asalariado, conduce, por acumulación, a una abundancia en la cual la cuestión primordial de la supervivencia se encuentra obviamente resuelta, pero de tal manera que tiene que reproducirse constantemente; se plantea en cada ocasión en grado superior. El crecimiento económico libera a las sociedades de la presión natural exigida por la lucha inmediata por la supervivencia, pero estas sociedades no se libran de su libertador.<sup>1</sup>

El poder, como diría Foucault años después, no solo reprime, sino que halaga, y, así, el proletario perdía su condición de maldito y se transformaba en consumidor, consumidor de todo aquello que pudiera ser transformado en mercancía que en el sistema capitalista era y es... todo. Sigue Debord:

En este punto, el humanismo de la mercancía se hace cargo del ocio y de la humanidad del trabajador simplemente porque la economía política puede y debe ahora dominar estas esferas en cuanto economía política. Así, la perfecta negación del hombre ha alcanzado a la totalidad de la existencia humana.<sup>2</sup>

Una vez conquistado y colonizado el mundo de la vida, el capitalismo podía exhibirse impudicamente, sin velos ni disfraces:

El capital ha dejado de ser el centro invisible que dirige el modo de producción; su acumulación se exhibe desde el centro hasta la periferia, en forma de objetos sensibles. Su rostro lo constituye la sociedad en toda su extensión.<sup>3</sup>

Se había consumado la sociedad del espectáculo, el espectáculo como inversión concreta de la vida, como el movimiento autónomo de lo no vivo. “El espectáculo dice: lo que aparece es bueno; y es bueno lo que aparece”. Y en otro fragmento de claro sabor benjaminiano, Debord denunciaba: “El espectáculo es el mal sueño de la sociedad

1. Debord, G., *La sociedad del espectáculo*, fragmento 40. Disponible en <http://www.observacionesfilosoficas.net/sociedad-espectaculo.htm>.

2. *Ibid.*, fragmento 43.

3. *Ibid.*, fragmento 50.

moderna encadenada que no expresa en última instancia más que su deseo de dormir. El espectáculo vela ese sueño”<sup>4</sup>.

Si la obra de Debord debía ser interpretada como una crítica despiadada a la sociedad del momento, no podían quedar fuera las fuerzas que durante años habían monopolizado la revolución, no sin antes oponer la postura de Marx a la de aquellos “materialistas científicos” de la Segunda Internacional, con los que no tiene compasión (“El partido de los propietarios del proletariado”). Para Debord, el proyecto de Marx era el proyecto de una historia consciente, real, y cuando esto ocurre, la historia ya no tiene fin; se acabaron los finales felices fruto de un determinismo presuntamente “científico”. Y así arremetía contra los totalitarismos disfrazados:

Cuando la ideología, convertida en absoluta por el poder absoluto, se ha transformado de conocimiento parcial en mentira totalitaria, el pensamiento histórico es aniquilado de modo tan total que la propia historia deja de existir en el nivel más empírico de la conciencia. La sociedad burocrática totalitaria vive un presente perpetuo en el cual todo lo que ocurre existe únicamente gracias a ella, como espacio accesible a su política.<sup>5</sup>

¿Quedaba algún resquicio por el que, como dijera Walter Benjamin, pudiera colarse el Mesías? Sí, pero ¡cuidado!, porque nos advierte el autor situacionista:

La rebelión meramente espectacular puede así coexistir con la beata aceptación de lo establecido, también como si se tratase de lo mismo: así se pone de manifiesto el hecho de que la propia insatisfacción se ha convertido en mercancía desde el momento en que la abundancia económica se ha vuelto capaz de ampliar su producción hasta el tratamiento de esa materia prima.<sup>6</sup>

Es, en mi opinión, esta reflexión certera la que atraviesa el Mayo del 68. Y es esta también la que me permite sintonizar con la de Slavoj Žižek (“Mayo del 68 visto con ojos de hoy”), tan precisa como esclarecedora, pues como apunta el filósofo esloveno, “el capitalismo usurpó la retórica izquierdista”. O como

diría Deleuze, territorializó ese espacio sin que se encontraran las líneas de fuga necesarias. El socialismo se veía como conservador y, así, siguiendo a Žižek,

la única opción que quedó fue un empuje brutal y directo hacia lo real, que asumió tres formas fundamentales: la búsqueda de formas extremas de disfrute sexual, el giro hacia la realidad de una experiencia interior (misticismo oriental) y el terrorismo político de izquierdas.

El impúdico capitalismo al que se refería Debord cambió de ropaje y se disfrazó de amo permisivo. Pero ¿es esto todo lo que se logró en Mayo del 68? ¿Un simple cambio de amo a quien obedecer? Mayo del 68 no transformó el mundo, pero siempre será un evento memorable, es decir, digno de ser recordado, porque fue no solo un rechazo frontal, directo y sin paliativos al sistema liberal-capitalista en su conjunto, sino a todo totalitarismo. Si a lo largo de la historia la reflexión filosófica ha sido siempre política, más allá del conocimiento o intenciones de su autor, Mayo del 68 fue una vuelta más de tuerca. En Mayo del 68 se denunció ya la terca, cruel y pesada necesidad —eso que hoy todavía algunos descerebrados llaman “progreso”— de un sistema que es un matadero y que no puede dejar de serlo.

Mayo del 68 no puso fin al espectáculo, pero nos mostró su verdadera y letal esencia, de ahí algunas de sus más celebres pintadas: “La imaginación al poder”. La imaginación, la loca de la casa, no llegó al poder, pero que lo consiga permanecerá como nuestro principal y perenne desafío. “Bajo los adoquines de la calle está la playa”. Los levantamos y vimos una playa que era propiedad de un banco que la vendía por hectómetros cuadrados. Arrebatársela sigue siendo el reto. “¡Roben!”, se leía en las paredes de los bancos. Y ya para concluir, “Sé realista y pide lo imposible”. ¿Utopía? ¿Sueño? Utopía, como afirma Žižek, es creer que este sistema puede continuar indefinidamente. ¿Sueño? ¿Por qué no? ¿No decía Shakespeare que estamos hechos del mismo tejido de nuestros sueños?

4. *Ibid.*, fragmento 21.

5. *Ibid.*, fragmento 108.

6. *Ibid.*, fragmento 59.